

CAMBIO SOCIAL E INICIATIVAS DE LAS PERSONAS MAYORES:

Pasos hacia un nuevo rol social

Miguel Arenas Martínez¹; Amparo Novo Vázquez²

¹Ayuntamiento de Avilés (España)

²Universidad de Oviedo (España)

miguelarenasm@telefonica.net, anovo@uniovi.es

SOCIAL CHANGE AND INITIATIVES FOR THE ELDERLY: Step towards a new role

Resumen: Hasta hace no muchos años, y aún hoy, un cierto paternalismo compasivo cuando no un rechazo apenas disimulado, estaba instalado en nuestra sociedad hacia las personas mayores. Sin duda, la ausencia de un rol social global reconocido que jugar en nuestra sociedad parece tener que ver con ese estatus social disminuido. En este artículo, a partir de una investigación inscrita en la perspectiva cualitativa mediante grupos de discusión, se intenta demostrar cómo las personas mayores desde hace ya algunos años intentan cambiar esa situación de devaluación social en la que se encuentran. Mediante la observación de ámbitos clave, como la familia, y las actividades extradomésticas, son perceptibles intentos para mejorar su posición social, mediante desiguales estrategias dirigidas hacia *los otros* y *hacia sí mismos*; en las que están concernidas acciones materiales y simbólicas con el fin de conseguir más reconocimiento social, consideración (cercana y amplia) y autoestima como generación y etapa vital. Es un intento de la vejez para revertir la situación actual y pasar de ser un grupo social objeto a un grupo social sujeto.

Abstract: Until not too many years ago, and even today, a certain compassionate paternalism or even a very slightly dissimulated rejection was our society's reaction towards the elderly. Without doubt, the lack of an overall recognised social role to play in our society seems to have something to do with that limited social status. In this article, based on research recording the qualitative perspective via discussion groups, the aim is to show how the elderly are, and have been for some years now, trying to change that situation of social devaluation in which they find themselves. By observing key areas, such as family and non-domestic activities, we can see attempts to improve their social position via irregular strategies aimed at *others* and *towards themselves*; in which material and symbolic actions are concerned in order to achieve greater social recognition, consideration (on a personal and broader scale) and self-esteem as a vital stage and generation. It is an attempt by the elderly to revert the current situation and change from being an object social group to a subject social group.

Palabras clave: Vejez. Generación. Ciclo vital. Rol social general. Actividades extradomésticas. Old age. Generation. Vital cycle. General social role. Non-domestic activities.

I. Introducción

La estabilidad y profundización del Estado social en España en los últimos años, ha conllevado la mejora de la situación general de la vejez. La marcada diferencia de ingresos, con concentración de casi la mitad de las personas mayores en los tramos más bajos (menos de 600 euros) (Pérez Ortiz, 2006), no esconde que la universalización de las pensiones, y la creciente ampliación y adaptación de las prestaciones dirigidas a ellas, han supuesto un avance considerable desde todos los puntos de vista. Empero, esta mejora en las dotaciones materiales y en las protecciones sociales, no acaba de tener su correspondencia en la consideración y posición de la vejez y las personas mayores en la sociedad. En confluencia con esto, como se refleja en lo que dicen y en lo que narran, las transformaciones familiares y sociales habidas en los últimos lustros, han alterado algunas de las bases primordiales en las que han vivido hasta su llegada a la vejez, frente a las que están intentando adaptarse y reaccionar.

En este artículo, apoyándonos en el material empírico cualitativo de una investigación efectuada en el ámbito de Asturias (García Blanco, 2005), y a partir de otros trabajos y artículos en los que nos hemos detenido en la familia, en la misma vejez, y en otros periodos del ciclo vital, se propone un acercamiento a algunas de las consecuencias en la vida de las personas mayores, de las transformaciones sociales y familiares que, pensamos, les están implicando de forma crucial. Contra lo que ocurría hace algunos años, nuestra hipótesis de trabajo parte de que estos cambios no los han recibido pasivamente pues, además de efectuar adaptaciones significativas que tratan de afrontarlas, ensayan estrategias positivas hacia la búsqueda de nuevos roles sociales parciales, reconocidos y valorados, para desempeñar en nuestra sociedad. Asimismo, la presunción es que las consideraciones que aquí vamos a verter son, en general, trasladables al ámbito español. Nos atrevemos a hacer extensivos estos análisis al conjunto de las personas mayores, al hablar de situaciones sociales similares de partida, de características generacionales comunes y, de igual forma, de un impacto parecido en sus vidas de los mencionados cambios sociales y familiares. Por otro lado, las acciones de legitimación emprendidas, que buscan una mayor consideración y respeto social, también siguen parecidos caminos, dentro de la rica gama de posibilidades creativas de la vida social. En cualquier caso, lo que queremos sustantivar es el sentido estratégico de los mayores que, ante el peligro de quedar “fuera de juego” en las relaciones sociales, están exprimiendo al máximo sus posibilidades, tratando de reinventarse en unas condiciones que no son las más favorables que se pudieran pensar.

Así pues, al hilo de estos planteamientos, en este trabajo nos hemos formulado tres objetivos. En primer lugar, intentar desvelar, en sus trazos principales, las consecuencias que la carencia de un rol social reconocido y legitimado en nuestra sociedad tiene para la vejez; en segundo lugar, mostrar la naturaleza de las transformaciones familiares habidas en los últimos años, calibrando su impacto en la situación de la actual vejez, así como situar las acciones y reacciones emergentes a las que han dado lugar en las personas mayores; y, en tercer lugar, el objetivo es explicar y desarrollar cómo una parte significativa de los mayores, mujeres y hombres, mediante cambios en las prácticas sociales cotidianas, están ensayando estrategias parciales para validarse personal, familiar y socialmente en nuestra sociedad.

En correspondencia con estos objetivos señalados, el artículo se ha estructurado en una introducción, tres partes y unas conclusiones. En la introducción, a este planteamiento inicial le siguen unos breves apuntes metodológicos donde se justifican las consiguientes elecciones realizadas en ese sentido. En la primera parte, se abordan algunas consideraciones sobre la posición de la actual vejez en nuestra sociedad, vinculándolas con la teoría de las generaciones y del ciclo vital, así como los límites y posibilidades al respecto. En la segunda, se relacionan los cambios familiares con la vejez y las personas mayores, tratando de

ver sus consecuencias, fragmentaciones y adaptaciones producidas. En la tercera parte, se tratan de concretar tales adaptaciones y acciones desde sus prácticas sociales a través de tres apartados diferenciados: los cambios en las relaciones de género que se pueden observar, el papel de los centros sociales de mayores en la estructuración de actividades extradomésticas en las que participan y, finalmente, el sentido que dan (en especial las mujeres), y buscan que se les de, a esas nuevas prácticas sociales realizadas en el espacio social público. Finalmente, en las conclusiones se replantea un estado general de la cuestión, que trata de seguir ahondando en los méritos específicos contraídos por estas generaciones.

Apuntes metodológicos

Dado, pues, este interés comprensivo sobre los efectos y posibilidades de los cambios sociales en la vejez, y de la posible incidencia en su rol y estatus social, estimamos adecuado en su momento el situarnos en la perspectiva cualitativa de investigación. En efecto, para conseguir extraer un material empírico relevante sobre estos contenidos temáticos, el diseño metodológico cualitativo lo concretamos en la realización de grupos de discusión, como la técnica más apropiada según los objetivos que nos propusimos (Alonso, 1998. Ibáñez, 1986). La obtención de datos e información sobre los procesos de adaptación social de las personas mayores a los cambios sociales, junto con las presumibles mudanzas implicadas en sus núcleos valorativos, aconsejaban la puesta en práctica de situaciones sociales producidas, como son los dispositivos conversacionales, donde pudieran reflejarse tales adaptaciones, dinamismos y, acaso, conflictos (Martín Criado, 1997). Las diferencias entre las mismas personas de este sector social a la hora de rechazar o adaptar lo nuevo, las consiguientes relaciones entabladas y tensiones entrevistadas con las otras etapas del ciclo de vida, y aún con otras generaciones, fueron todos ellos aspectos decisivos a la hora de plantearnos la utilización de grupos de discusión como técnica de investigación preferente. En ese sentido, las conversaciones no se orientaron hacia contenidos temáticos concretos, sino que fueron las personas participantes las que efectuaron las consiguientes elecciones temáticas pertinentes en el transcurso de su celebración (Tusón, 2003).

Se realizaron cuatro grupos de discusión, con los que se trató de reflejar el macrocosmos social de las personas mayores. Tres de ellos fueron constituidos a partir de consideraciones geográficas, distribuyéndolos por las tres grandes áreas del territorio regional asturiano: occidental, oriental y centro. Su composición fue mixta, abarcando las distintas edades de la vejez. De la misma forma, se tuvieron en cuenta otras variables sociales, propiciando una representación estructural significativa desde los estudios realizados, las cualificaciones profesionales, y, finalmente, las profesiones y trabajos desempeñados a lo largo de la vida. Con respecto al cuarto grupo, se buscó la participación de mujeres que vivían solas, preferentemente mayores de 69 años¹. Por supuesto, dentro de lo posible, su composición también se orientó a proyectar las características sociodemográficas de esta franja de las personas mayores, cuya relevancia cuantitativa y cualitativa, –comprobada tanto en los datos primarios como secundarios–, hicieron aconsejable el reforzar su observación.

II. Consideraciones en torno al rol social de la vejez

Uno de los contenidos medulares discursivos encontrado en los grupos de discusión, alude, precisamente, a las iniciativas emprendidas por las personas mayores para significar

¹ Los grupos de discusión serán identificados con los números del 1 al 4, según las referencias dadas. Las personas participantes en el grupo 1 (occidental) fueron nueve, en el 2 (oriental) once, en el 3 (centro) diez, y el 4 (mujeres) diez. La identificación del grupo y página donde se encuentren los textos utilizados se hará mediante abreviaturas. Por ejemplo, para un trozo de discurso del grupo de discusión 2 situado en la página 19: (GD2, 19).

y estructurar el rol y estatus social de la vejez en nuestra sociedad. No es que se trate de una actividad colectiva racionalizada, con un elaborado sentido estratégico. Es, más bien, el deseo de sentirse útiles en el entorno familiar cercano –y ser reconocidos por ello–, que después trata de ampliarse hasta el entorno social, cuando existe la oportunidad de hablar de sí mismos, en situaciones de carácter público en las que está en juego la consideración e imagen social global de la vejez. De hecho, en contraste con los datos de los que podemos disponer de otras investigaciones precedentes (Arenas, 1995. Bazo, 1990), se pretende mostrar que una parte significativa de las actuales generaciones de mayores, la más adaptada a los cambios sociales ocurridos en los últimos años, está abandonando el rol pasivo y dependiente que hasta hace no mucho les caracterizaba, pasando a ser agente social activo sobre su situación y posibilidades sociales (Gaitán, 2004). En ese sentido, es elocuente la dificultad para reconocer en nuestra sociedad, un rol social que jugar a la vejez y a las personas mayores, que acaba siendo determinante. Sin duda, es plausible pensar que algunas de las causas más importantes para esta devaluación e ignorancia social, tienen que ver con su trayectoria generacional en la infancia y la vida adulta (pues la mayoría no tuvieron juventud), que ahora en las edades más avanzadas resulta disfuncional ante las exigencias de la sociedad actual.

Pero lo cierto es que no se puede simplificar lo complejo, al ser la vejez tan plural como la condiciones en las que se vive y de las que se proviene (Rodríguez, 2000). Y ello aunque podamos hablar de tendencias generales que, de una y otra forma, influyen en los componentes de las generaciones que sea el caso, y que ellos mismos van cambiando a través de sus acciones e interpretaciones como agentes sociales. En efecto, la posición y ascendencia global de las generaciones situadas, en la vejez, en este caso, hay que relativizarla a partir de las distintas oportunidades sociales de sus componentes, que han posibilitado y condicionado trayectorias objetivas diferenciadas, aún reconociendo elementos generacionales comunes. Así, por ejemplo, en el caso de la actual vejez, una mayoría sin estudios reglados contrasta con una minoría cultivada y con capitales culturales formales, al ser las generaciones de la guerra (aún) y de la postguerra civil, lo cual les ha marcado como hecho generacional; en su mayoría desempeñaron empleos provenientes de la industria –muy o poco cualificados y de corte manual–; y, en conjunto, son componentes, unos y otros, que protagonizaron el cambio de la sociedad rural a la urbana. En definitiva, tendencias generales de las que se puede y debe hablar, pero que esconden desiguales posibilidades sociales, aconsejando la necesidad del fructífero cruce entre la teoría de las generaciones y la de la estructuración según clases sociales (Mannheim, 1993).

Así pues, teniendo en cuenta que la vida y la experiencia de la propia vida de cada generación es producto de sus circunstancias precedentes, en consecuencia, podemos pensar que la vejez de las futuras generaciones de mayores, mujeres y hombres, será muy diferente a la actual. Ello se puede explicar a partir de que las personas que componen cada generación, como coetáneas que tienen más o menos la misma edad, y desde sus experiencias históricas y vitales comunes, han ido compartiendo una visión del mundo y una identidad colectiva semejante (Attias Donfut, 1994. Mannheim, 1993). Las posibilidades y prácticas generacionales diferenciales como el aumento de la educación reglada, el acrecentamiento de la formación y cualificación laboral en las profesiones desarrolladas, el volumen y modos de manejar la información a través de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, las mejoras en la dieta y la práctica de ejercicio físico, junto con cambios de percepción, pensamiento y acción de carácter general, son indicadores que nos inducen a pensar que las próximas generaciones en acceder a la vejez, mejorarán su situación social con respecto a las personas mayores actuales. Es previsible que los nuevos viejos tendrán más oportunidades de desarrollarse como un colectivo autónomo, disponiendo de poderosos instrumentos culturales –letrados y audiovisuales–, que les ayudarán a encontrar un rol social, como recreador de una posición social fortalecida (Gil Calvo, 2001). Pero mientras

que ese mediato y esperanzador futuro llega, las personas mayores actuales han tenido que ir arreglándose con un presente absolutamente novedoso para todos (viejos y no), en el que en muchas ocasiones se ha etiquetado a la vejez como un problema de difícil solución, a partir de su sobreabundancia presente y futura y de los lastres económicos, sanitarios y familiares consecuentes. Dentro de ese clima ideológico utilitarista y, en el mejor de los casos, paternalista, son las actuales generaciones de mayores (y no otras) las que han debido afrontar y comenzar a recrear la invención de su propia vejez, como una etapa vital reconocible y respetable que merece la pena ser vivida. Si bien hay una minoría importante de personas mayores dependientes necesitadas de ayuda pública, que está significando un problema para ellos mismos y sus familias², empero, el conflicto no reside tanto en la vejez como en la sociedad que proyecta imágenes negativas que, más allá de su pertinencia, sí son reales en sus consecuencias, en el sentido de la profecía que se autocumple (Gil Calvo, 1992). Por ello, desde los datos objetivos que se conocen, es preciso prestar una atención razonada a algunos factores que estarían acentuando la atribución problemática hacia la actual vejez. El factor demográfico en el que ha confluído tanto el destacable descenso de la natalidad como el aumento de la esperanza de vida –combinado con la universalización de las pensiones y las persistentes cifras de desempleo–, ha llegado a provocar un marco conflictivo que requiere un ámbito de decisiones sinérgico entre la política, la economía y el bienestar (Pierson, 2001); lo cual no debe ocultar el espacio políticamente valorativo, de conocimiento y debate social público en el que está situado (Majone, 1991).

Cabe entonces preguntarse si estas atribuciones a las que están en exceso expuestos los mayores actuales, no se deben, precisamente, a la carencia de un rol social reconocido que jugar en nuestra sociedad. Un cometido que denote alguna utilidad moral y simbólica, con respecto a sí mismo y en relación a los otros periodos del ciclo de vida. Para responder a este interrogante debemos intentar explicar las características de la posición ocupada hoguano por las personas mayores. Así, el estatus social de cualquier grupo del que se pueda hablar en nuestra sociedad, está directamente vinculado con la posición que ocupa respecto a otros y, por lo tanto, en relación a las posiciones de orden existentes en la estructura social. Desde ahí, es posible entender el rol social tenido y jugado que transfiere un sistema de expectativas y oportunidades sociales para un colectivo dado (Pizarro, 1988). En el caso del actual estatus social de la vejez, como ya se ha señalado en algunas ocasiones por diversos autores, es cuando menos ambiguo (Gil Calvo, 2003. Guillemard, 1992). Desde la perspectiva sociológica del ciclo vital y de las fases que lo conforman, vemos que si bien el contenido de cada una de ellas puede haber ido cambiando, su rol social permanece: reproducción física y social en la infancia, experimentación, formación y práctica de la ciudadanía en la juventud, y producción material en la fase adulta. Pero, atendiendo a la construcción en nuestra sociedad de las formas de ser mayor, es necesario preguntarse cuál es el rol social de la vejez en nuestra sociedad. Por mucho que pensemos, tenemos dificultades para apreciar funciones sociales que sean dignas de ser llamadas como tal. Es verdad que en esa búsqueda podemos encontrar méritos contraídos, utilidades sociales reconocidas y roles parciales muy relevantes que los mayores han jugado y juegan actualmente, de forma semejante a otras épocas en las que la función social de la vejez sí estaba clara (Ariès, 2000. Minois, 1989). Pero nos estaríamos equivocando si creyéramos que la agregación de todos esos roles fragmentarios es suficiente para conformar un rol social global. Una función social colectiva reconocible que pueda ser designada como tal. Lo cierto es que la sociedad actual no ha sabido, o no ha podido, encontrar un cometido que dé identidad social a la actual vejez, y le sitúe en relaciones reconocibles de dependencia y diferenciación con respecto a los otros periodos del ciclo vital.

2 La puesta en marcha en 2007 de la Ley de la Dependencia constituye un hito en la protección y los derechos sociales, que alivia tanto la situación de las personas afectadas como la de sus cuidadoras habituales.

Al saber y reconocer la naturaleza fragmentada y desigual de tal estatus social, nos ponemos en la mejor disposición para comprender la situación general de los mayores, que tiene su traslación al nivel de situaciones sociales concretas de la vida cotidiana, sea ésta institucional, política o social. Un estado ambivalente que tiene fallas y pliegues pronunciados, pero también prominentes salientes y cimas que no solo muestran sus expectativas con respecto a un conjunto limitado de oportunidades sociales, sino que al ponerlas en relación con sus acciones y logros parciales las podemos valorar y ponderar en su justa medida. Así pues, en el debe, las personas mayores están apartadas o relegadas en nuestra sociedad y ello provoca que sea un grupo social receptor más que un grupo sujeto. Y en el haber, se han conseguido, mantenido y, en su caso, han aumentado los niveles de protección social, por más que aún no sea con la profundidad necesaria. Es en la manifestación de esa confusa vinculación –que más que ocultar proclama, disimulando las carencias– entre las justas dotaciones materiales y las criticables constricciones morales y políticas, donde residen la mayor parte de los problemas de apreciación, pensamiento y acción que podemos encontrar con respecto a la vejez en nuestra sociedad.

Ahora bien, ello no significa que debemos esperar –que las personas mayores deban esperar– a que evolutivamente aparezca un estatuto social digno de sus obras y merecimientos. Nuestra opinión es que no, al menos por dos razones. La primera es elocuente, pues más allá de los resultados obtenidos, al aceptar tal espera –ellos y nosotros– se está renunciando de antemano al legítimo derecho de reconocimiento e identidad que todo colectivo social tiene. Y, además, ello tendría un efecto confirmatorio de aquellas voces interesadas en la perpetuación de su actual situación de devaluación y relegación social. Por otro lado, aunque en cada generación existan trayectorias diferenciadas con distintos productos sociales, sería erróneo pensar en términos de borrón y cuenta nueva con respecto a la contribución de las nuevas generaciones, que hallarían y estructurarían un rol social para la vejez. Más bien, parece que las experiencias y aprendizajes de las generaciones precedentes no caen en saco roto, siendo útiles e, incluso, imprescindibles a las generaciones posteriores. En cuanto a la segunda razón, es sencilla en su enunciado y tiene que ver con uno de los principios de la sociología: el contexto social influye y estructura nuestras vidas pero, a su vez, nuestras acciones repercuten en el contexto social; aunque muy a menudo no consigamos lo que intencionalmente nos habíamos propuesto. Dicho de otra manera, en lo que aquí nos interesa, la situación de los mayores sigue estando sujeta por la carencia de rol social antedicha, asociada directamente con su postergación colectiva, que luego se ve amplificada y materializada a situaciones específicas de la vida cotidiana y que, a su vez, trata de ser revertida mediante estrategias diversas, insertas en prácticas sociales habituales.

III. Cambios sociales y familiares: las adaptaciones de las personas mayores

Al explorar y analizar los grupos de discusión, se observaba que las informaciones encontradas en tales datos cualitativos se referían a varios contenidos temáticos y ámbitos clave de su vida social. Uno de ellos era el impacto en sus vidas de las transformaciones familiares, y de las adaptaciones e iniciativas que han entrañado. O lo que es lo mismo, de las consecuencias del paso desde una sociedad de familias a otra en la que cada miembro de la institución tiene derecho a decidir y elegir sobre su propia vida. Estos cambios familiares acaecidos en las últimas décadas les están afectando de una forma muy directa, y ello tiene una presencia clara en las interacciones de los grupos de discusión, en los que existe una contraposición entre la familia de antes y las familias de ahora. Es decir, entre su familia y las de quienes, como sus propios hijos, se encuentran hoy como adultos en el centro geográfico del ciclo vital. Por ello, en sus discursos se va desplegando la diferencia entre dos modelos familiares: el de los mayores, más cerrado pero con obligaciones y derechos de edad y sexo meridianamente establecidos, en una sociedad más tradicional y autoritaria, y

el de las generaciones posteriores, más plural y fragmentado y ya sólo reconocible en varios tipos de familia; al socaire de la transformación radical de las bases sobre las que se apoyaban, hasta apenas un cuarto de siglo, tanto las clases de edad como los roles y diferencias de sexo. Estos cambios sociales y familiares, han supuesto la ruptura material y simbólica de los compromisos implícitos esperados en la cadena de cuidados, por los que las generaciones descendientes atendían en la vejez a los ascendientes; por más que en muchos aspectos nos sigamos encontrando en una sociedad “familista” típica de las sociedades mediterráneas del sur de Europa (Esping-Andersen, 1992. Ferrera, 1995. Rodríguez Cabrero, 2004). En este modelo, hoy claramente en transición, se responsabiliza a la familia del cuidado de sus miembros, jugando el Estado de bienestar un papel secundario que aún hoy se traduce en la responsabilidad del cuidado y atención de los mayores. Además, dentro de las diferencias y división de roles de sexo, son las mujeres quienes han venido asumiendo la tarea de atender a los mayores (padres y “padres políticos”), subordinando su derecho de autorrealización personal a las necesidades de la institución familiar. Así, tales cambios familiares que, paradójicamente, están obligando a las mujeres a “doblar”, y a “triplicarse” (trabajando, cuidando a los otros e intentando vivir su propia vida), suponen, en general, el paso desde una sociedad de familias hasta una sociedad de individuos, donde cada persona, al menos, puede intentar hacer efectivas sus elecciones vitales (Gil Calvo, 1993).

Para los mayores, todos estos cambios suponen repercusiones directas en sus vidas, provocando una reacción de estupor polarizada hacia dos posturas discursivas claramente diferenciadas. La primera, se articula a partir de un discurso defensivo sedimentado en la explicitada ausencia de reciprocidad de la sociedad hacia los mayores y, por ende, de los hijos hacia los padres. No se comprenden las –para ellos– confusas mudanzas que están ocurriendo en los últimos años, están dolidos por la ruptura –real o expresiva– de las obligaciones anteriormente contraídas por la familia y la sociedad hacia la vejez, y esto terminan relacionándolo con la disminución, o desaparición, del respeto social, en general, y hacia los mayores, en particular. Es indudable que en este segmento de las personas mayores hay un resto de la familia más rígida, incardinada en una sociedad más tradicional y autoritaria, que se continúa utilizando como referente y que termina por chocar frontalmente con las prácticas de las familias actuales formadas por sus descendientes. En última instancia, la resistencia a los cambios y el conflicto provocado entre esa concepción y la realidad presente, es lo que se termina expresando en el discurso de ese polo más regresivo. Por el contrario, en la segunda postura encontrada, aunque los fundamentos y los orígenes son parecidos a los de la primera, el resultado es muy diferente. Pues si bien se trata del mismo sector social, con una trayectoria vital similar y similares experiencias generacionales, con respecto a la familia y a su ubicación en el espacio social autoritario de la dictadura franquista (De Miguel, 1994), el resultado es otro, ya que se intentan aceptar y asimilar los cambios familiares y sociales que se han venido produciendo. No es tanto que se aprueben o comprendan en profundidad las transformaciones señaladas (que también ocurre), como el propósito de aceptarlas, asumirlas e incluso terminar por defenderlas. Bien es cierto, que surgen fuertes incertidumbres al respecto, y no se comparten algunas de las formas de relación personal de índole afectiva, en las que están involucradas las generaciones posteriores de adultos y jóvenes, es decir, las que de nuevo encarnan sus hijos y nietos.

Esta diferencia entre ambos polos, regresiva y progresiva, con motivo de los mencionados cambios y la consiguiente situación resultante para las personas mayores, tiene una presencia frecuente e intensa en las conversaciones. Tan clara como para poder expresar esas dos posiciones, que, en sus extremos, se manifiestan con estupor y una cierta amargura ante esas transformaciones, por contraste con la pretensión de afrontarlas y comprenderlos, aunque no terminen por compartirse. En consecuencia, aunque, de un lado, se quieran discernir los problemas con el afán de evitar causalidades arbitrarias, de otro se mezclan los problemas y contenidos indiscriminadamente, relacionando el abandono familiar de la

vejez con las rupturas familiares por separación o divorcio. Así ocurre en este trozo de discurso en el que uno hombres participantes, situado en las primeras edades de la vejez y con un nivel de instrucción reglado alto, manifiesta su disconformidad con el olvido que, en su opinión, tienen los hijos hacia los padres:

“– Que los hijos atiendan a los padres, que ahora se ha olvidado totalmente, e incluso hay desagrado, un montón de desagrado, enorme desagrado de hijos a padres” (GD3, 24).

Las enormes dificultades para la gestión moral de los cambios, junto a la amargura que a veces genera su incompreensión, no implica que las situaciones de desagrado y abandono de los hijos se hayan vivido en primera persona. Más bien, lo que se producen son consideraciones globales respecto a la “sociedad”, que rápidamente se contrastan con la situación en su propia familia. Es la inseguridad e incertidumbre que supone la caracterización de la vejez como un problema social, y más concretamente su atención y cuidado, a lo que siempre ayuda el conocimiento directo de casos –excepcionales– de desamparo e, incluso, abandono de alguna persona mayor por su familia. De hecho, tanto en las posturas más regresivas como en las más progresivas, cuando se habla negativamente de los hijos, las referencias siempre van más dirigidas a los hijos de los otros. Y, en ese sentido, se diferencia entre el espacio cercano familiar (protector), del que se sienten en buena parte autores, frente al amenazador espacio social; pues el problema no lo encuentran tanto en sus propios hijos como en la sociedad que “ya no quiere saber nada”, quebrándose –precisamente ahora– la cadena de cuidados cuando ellos están en la vejez. Perciben, con nociones y conocimientos meridianos, que en su actual situación, aunque cuenten con las dotaciones económicas provenientes de las pensiones, estas son insuficientes cuando lo que está en juego es su posición general en la sociedad, así como el afrontamiento de dispositivos de cuidado y atención sustitutivos que, con independencia de que se utilicen, les aporten seguridad y confianza. Ni para los hombres la jubilación, con las dotaciones materiales que procura, es una garantía frente a cierto rechazo social, y para las mujeres su dedicación a los otros a lo largo de la vida tampoco constituye un aval moral contra la incompreensión hacia las personas mayores:

“–Y, sin embargo, hoy con la jubilación ni con nada pues no nos quieren, nos rechazan, nos rechazan ¿eh? –Yo ya digo, usted... –La sociedad, más que incluso los de casa ¿eh? –Yo cuidé a mi padre, cuidé a mi madre y cuidé a la madrastra” (GD1, 7).

No obstante, el acentuado carácter familista de nuestra sociedad y con él la sustantivación de las relaciones familiares –frente a otras– por parte de las personas mayores, nos lleva a pensar que aunque estuvieran plenamente implantados los dispositivos de atención y cuidado, la opinión seguiría siendo la misma: la extensión de las políticas públicas no es válida si supone la debilitación o ruptura de las relaciones familiares. Además, en aquellas personas mayores con un pensamiento más regresivo, o tradicional, la normalización de los servicios de bienestar aún encuentra resistencia; pues se asocian, en reacciones directas de causa-efecto –como hemos visto–, los cambios familiares con la desatención familiar y social. Pero también los mayores con posturas más progresivas no dejan de marcar la importancia de la familia. Por eso, la pregunta que explícita o implícitamente se hacen y hacen, todos, en las conversaciones, con una respuesta ya sabida de antemano, es: ¿existe alguna alternativa a las relaciones familiares? Los cambios familiares están teniendo consecuencias para todos, pero no deben suponer la desaparición de las relaciones entre hijos y padres,

vienen a decir. Una de las mujeres participantes manifiesta la inseguridad y el vértigo que producen tales mudanzas, interrogándose por sus consecuencias:

“–Y, y si no pueden dedicarles el tiempo que quisieran a sus hijos, ahora, a los abuelos... ¿qué va a pasar?” (GD1, 35).

La importancia de la familia llega hasta el punto de articular en torno a ella las relaciones más básicas y relevantes por contraste con las etapas vitales posteriores (Bazo, 1991). De esta forma, se entiende que aparezca y se tema a la soledad en especial cuando faltan las relaciones familiares más cercanas (hijos, nietos, hermanos). Es decir, para ellos el fantasma de la soledad aparece cuando no se tiene familia o, en su caso, no está cerca para relacionarse con ella, más o menos cotidianamente. Esto que parece una evidencia, pues todo el mundo valora las relaciones familiares, nos ayuda a comprender el plusvalor del que están dotadas frente a otras, y de paso explica las resistencias y temores ante unos cambios que, según ellos, estarían erosionando la preeminente posición que tales relaciones otrora tenían.

El conflicto y las maneras de afrontarlo, mediante estrategias de negación (polo regresivo) o de adaptación (polo progresivo), marca las diferencias entre las mismas personas mayores. Sin embargo, son las segundas las que dando un salto cualitativo en los planteamientos conversacionales, con respecto a otras personas mayores presentes y precedentes, abren la puerta a la solución transitoria del conflicto al señalar el derecho de sus hijos (hijas, sobre todo) a vivir su propia vida y, *de facto*, el correspondiente derecho de los mayores a su autonomía, articulándose para ello los medios públicos necesarios. Dicho de otra manera, se trata del reconocimiento de cada uno de los periodos del ciclo vital a convivir y a relacionarse con la intensidad que se decida, pero también al derecho y responsabilidades subsiguientes, que se derivan de la autorrealización personal y colectiva de los sexos y etapas vitales; y, de entre ellas, de la cada vez más dilatada, compleja y variada vejez. De los reproches y la inseguridad ante los cambios producidos, se pasa a valorar que la mejora de la situación de las personas mayores no puede ser a costa de las otras generaciones más jóvenes, como así apunta uno de los interlocutores:

“–Bueno, eso de encontrarse solos parte de una causa, nosotros no podemos frenar la juventud pa tenerlos en casa, ellos tienen su vida, tienen que abrirse a la sociedad, nosotros lo que tenemos que pretender es que a nosotros no nos falte de nada.–Eso mismo” (GD2, 21).

IV. Cambios sociales y vitales en las personas mayores

Otro de los contenidos nucleares explorado en los discursos, se refiere a las actividades sociales que realizan, como constatación de la conquista de espacios públicos antes impen-sados. Por un lado, tanto hombres como mujeres ocupan el mundo social externo de una forma más asidua y variada que en las edades adultas, con actividades de ocio, participativas e, incluso, formativas. Sin duda, a ello no son ajenas las acciones y actividades organizadas y ofertadas desde el Estado social. Y, por otro lado, una parte significativa de las mujeres mayores se han sentido influenciadas y aludidas por los cambios emprendidos por sus hijas, y nietas, ocupando y prefigurando nuevos espacios y actividades, allende el mundo interno familiar, en los que ya pueden expresarse y buscar la consideración social que aún hoy siguen echando en falta (Pérez Díaz, 2003). Como hemos visto, la familia ocupa un lugar preferente en las vidas de todas las personas mayores, más allá de que por alejamiento y accesibilidad puedan o no disfrutar de tal universo relacional, tan vigorosamente sustentado en sus discursos y narraciones. Pero las relaciones familiares no son las únicas que ocupan su vida, por más que para estas generaciones tengan mayor relevancia que para otras. En

efecto, hay otras relaciones extrafamiliares, sociales, que tienen una presencia creciente en sus vidas y su tiempo y, en ese sentido, vamos a ver cómo las personas mayores, al hilo de tales actividades extradomésticas, han terminado descubriendo a través de ellas nuevos sentidos y utilidades sociales.

Al hablar de las actividades extradomésticas de las personas mayores, nos referimos aquí a aquellas actividades de carácter social y de ámbito público, organizadas o espontáneas de ocio, realizadas fuera del espacio privado/familiar con amigos, conocidos o simplemente con otras personas con las que se puede coincidir en ocasiones. De esta manera, siguiendo con el análisis realizado de las conversaciones de los mayores, aquí el propósito es vincular la realización de actividades con la diversidad de centros sociales existentes, y con la participación en actividades organizadas y ofertadas por las asociaciones de personas mayores. Es en centros y asociaciones –que suelen tener sus propios locales– donde se forma la mayor parte de su mapa activo externo y donde, además, se suelen realizar propuestas, planes y actividades que tienen lugar más allá de su estricto marco físico (Pérez Ortiz, 2006). En este caso, nos interesa detenernos en algunas de las connotaciones que ellos dan a estas prácticas y, al mismo tiempo, tratar de abordar la significación que, desde una dimensión colectiva, tienen en la estructuración de la vejez. Más allá de la importante constatación de su acrecentamiento y aumento, pretendemos mostrar que estamos ante uno de los indicadores que más información pueden aportar, respecto a los posibles cambios en las relaciones de género, en el papel de los centros sociales como estructurantes de las relaciones públicas de las personas mayores y, finalmente, sobre la influencia más o menos directa de esas actividades en la posición global de los mayores en la sociedad.

Cambios en las relaciones de género

La búsqueda y ocupación de nuevos espacios públicos, también se encuentra en relación con el impacto de las transformaciones de género, impulsadas por los movimientos feministas, que han cambiado definitivamente tanto la posición como el rol social de las mujeres. Es decir, acciones protagonizadas por las hijas y nietas de las mujeres mayores, que de esta forma han conseguido acceder al empleo y a otros espacios de la vida social, en una parte importante de ellas. Y constituyen innovaciones sociales, que, a poco que se piensen, están alterando las relaciones de los mayores con sus descendientes, en especial con las mujeres que eran quienes se encargaban, y aún hoy, de su cuidado. Son cambios que han transformado las relaciones familiares en su conjunto, provocando, al mismo tiempo, una renovación de más calado en las relaciones sociales (Donati, 2003). Proponemos utilizar algunas resonancias generacionales con el fin de delimitar, hasta la llegada a la jubilación y hasta estas edades avanzadas, la trayectoria de los modos y estilos de vida de los mayores, que no sólo divergen con los de las cohortes de las generaciones más jóvenes, sino también con los que ellas mismas están teniendo en el presente, en la vejez (Novo, 2008). De esta forma, cuando concentramos nuestra mirada en algunos cambios que informan de los contrastes entre sus formas de vida adulta, en relación con los actuales y novedosos estilos de vida de su vejez, podemos entender el significado e importancia de las actividades de carácter público e, incluso, expresivo que aquí nos ocupan. Basándonos en sus propios discursos, nos estamos refiriendo, primero, a la atenuación de la división de roles de género, segundo, al consiguiente aminoramiento de la “propiedad territorial” de los espacios de género, y, tercero, a la ampliación del ámbito público en la mujer.

a) La atenuación de los roles de género porque, como se sabe, se trata de generaciones en las que la división social con respecto a lo que hombres y mujeres podían, debían y querían hacer estuvo muy marcada. Mucho más, si pensamos en el contexto social y político autoritario de la posguerra en el que vivieron e hicieron nuestros protagonistas sus adquisiciones morales y valorativas (De Miguel, 1994. Vilar, 1975). La amortiguación de los roles,

conformados sobre lo que mujeres y hombres estaban obligados o tenían prohibido hacer, lo podemos atribuir a la limitada relajación de las prácticas que suele tener lugar una vez que el hombre se jubila (Pérez Díaz, 1998). Pero también a las adquisiciones efectuadas ya en la vejez en el contexto de una sociedad democrática y más permisiva, donde lo que cambia es la situación social de las mujeres, a partir de sus propias iniciativas y de las actividades reivindicativas del movimiento feminista.

b) El aminoramiento de la “propiedad territorial” de los espacios de género porque aún siendo consecuencia del anterior, nos informa del cambio hacia la participación creciente en actividades que vertebran la vida cotidiana: convivencia, salud, utilización de servicios, viajes, diversión y encuentros, entre otras cuestiones. Es elocuente que ello para las mujeres supone una ampliación significativa del campo social de actuación, pero también para los hombres que hasta esos momentos –aún ocupando el mundo externo– disfrutaban de un ocio limitado y repetitivo, de corte “pasivo” casi siempre relacionado con el bar y el café. En cualquier caso, es preciso señalar que tal ampliación no sólo responde a la iniciativa de los propios mayores, sino también al fuerte impulso dado desde las diferentes administraciones en el desarrollo de planes gerontológicos e integrales dirigidos a la población mayor.

c) Por último, la ampliación del ámbito público de estas mujeres mayores, porque a su constreñimiento en el ámbito privado, le sucede un despliegue sin precedentes hasta espacios externos en los que antes “no debía estar”, según la mencionada división de roles. No sin dificultades, con amistades, solas o acompañadas por el cónyuge, una creciente parte de las mujeres mayores de las clases populares van recreando nuevos estilos de vida, que ya no sólo se articularán desde lo doméstico interno sino, de forma amplia y variada, desde lo público (Pérez Díaz, 2003).

El papel de los centros sociales en las actividades extradomésticas

Para hablar de actividades, en general, y de aquellas vinculadas con asociaciones de mayores, en particular, es obligado referirse a la diversidad de centros sociales como espacios neurálgicos de convivencia, realización, participación y recepción de servicios. Nos referimos a centros de carácter público o privado (por ejemplo, de las Cajas de Ahorros), o algún otro perteneciente a asociaciones de mayores o, incluso, de asociaciones inespecíficas (de viudas, por ejemplo) en las que estas cohortes tienen un peso significativo. Aunque los centros públicos son los que por sus recursos y capacidad aglutinan a más personas, todos ellos se constituyen como lugares de estructuración del mundo social público, en la emergente franja de los mayores a la que nos estamos refiriendo. Un centro es una plataforma inicial imprescindible para las relaciones sociales y la potencial participación en actividades, como enuncian y asientan de forma explícita los hombres y mujeres participantes en los grupos:

“–Tener un centro apropiado para la cultura de los viejos, para las reuniones, para los bailes, para los ensayos, para la convivencia, o sea eso...–Eso es fundamental. –Coincidimos todos” (GD2, 15).

Al mismo tiempo, los centros sociales más destacados por los mayores son los que tienen carácter específico. Porque si bien existen algunos equipamientos cívicos de iniciativa municipal en los que hay espacios y actividades para diversos colectivos ciudadanos, y donde al menos existe contacto visual entre ellos, son los específicos de mayores los que parecen contar con el mayor beneplácito. Articulan espacios de una segregación hasta cierto punto deseada, ya que en ellos hallan la protección y comprensión que en otros lugares parecen echar en falta. Hablamos, desde pasar el tiempo en juegos colectivos de mesa, siguiendo con ofertas y demandas de ocupaciones más exigentes (cursos de informática, historia, teatro, grupos corales, etc.), de actividades relacionadas con la salud (gimnasia, yoga, manejo

emocional de situaciones conflictivas, etc.), y terminando con la misma transversalidad convivencial que suponen y significan las actividades de sociedad señaladas³. En última instancia, todos estos centros son también específicos porque para la realización de actividades se adecuan a los contenidos, tiempos y ritmos de los propios mayores:

“–Muy bien, muy bien, la verdad. –Bien, y acude la gente, allí hay gente, ahí charlamos, ahí reímos, ahí la costura, pa pintar, bueno pa lo que bueno..., pa lo que quieras” (GD1, 20).

Así pues, espacios de confianza entre iguales donde se desarrollan actividades legitimadoras para sí y para los otros, que terminan por constituirse en lugares privilegiados de socialidad. En cualquier caso, acciones y actividades que resultan positivas para ambos sexos, porque facilitan el salto desde las relaciones familiares hasta el mundo público, creando un espacio social propio desde el que partir y con el que se puede contar en cualquier momento. Los centros sociales como recursos para olvidar o mitigar la soledad, pero también como forma de incorporarse a un tiempo estructurado potencialmente por actividades útiles, que les ayudan a establecer compromisos para sí y para los otros:

“–A mi me parece que estos centros, [...] son estupendos para esas cosas, para hombres y mujeres, no hablo solo de mujer. –Exactamente, hay hombres también. –Para personas que se reúnan. –Para mitigar allí su soledad” (GD3, 18).

Estos centros se constituyen como espacios “universalistas” que cobran más importancia, si cabe, en cualquier medio rural donde los momentos de socialidad y reunión suelen ser más insólitos. El aislamiento social y espacial, junto a la dispersión de la población mayor en las zonas rurales, hace más necesaria una política equilibrada de localización de centros sociales, con la que se tenga en cuenta tanto los recursos existentes en un espacio dado, como las mismas posibilidades de acceso de los mayores:

“–Y por allí arriba, pallí no van a bajar, porque hay mucha distancia y son pueblos de aldea grandes con una casa aquí y otra a un kilómetro y claro hay un problema allí con la gente mayor” (GD1, 38).

Para los mayores, pues, que concentran gran parte de sus relaciones públicas en ellos, los centros sociales son vistos como “de primera necesidad” y, además, reflexivamente, se solicitan por relación a otras zonas (urbanas o rurales) donde ya existen; y que al ser visitados y conocidos por muchos mayores para la realización de actividades de ocio y diversión, se comparan entre sí en el intento de informarse sobre los que están mejor adecuados, para la satisfacción de las necesidades a las que nos estamos refiriendo: relacionales, de ocio e identidad social. En última instancia, centros que constituyen una red de la que se hecha mano cuando se viaja o se realizan actividades fuera de las poblaciones y centros de origen:

“–Maravilloso. –Yo estuve en ese sitio el año pasao o hace dos años que fuimos de excursión...” (GD1, 20).

³ Es preciso no olvidar la complementariedad de los Centros de Día para personas dependientes –también ubicados en los espacios de los Hogares de Mayores– en los que se realizan actividades de carácter cultural a la par que las de mantenimiento y rehabilitación.

Desde tal concepción, la participación en actividades de cualquier índole está, en efecto, muy relacionada con los centros sociales como marcos privilegiados para su programación y realización. Y, de igual forma, las asociaciones de personas mayores existentes, en su caso, no son sólo organizaciones que facilitan servicios y actividades a sus miembros, ya que al mismo tiempo también aportan un variado conjunto de relaciones personales (un subproducto). Para los mayores significan la posibilidad directa de obtener servicios, de realizar y participar en actividades, pero también de convivir con los otros, como así apunta, finalmente, uno de los interlocutores:

“Por eso las asociaciones son un objetivo principal para mejorar la vida de todos los mayores, tener una convivencia” (GD2, 21).

Las actividades realizadas y su repercusión en la situación de las personas mayores

Al hablar de cambios en las prácticas sociales cotidianas no pretendemos decir que las personas mayores, hombres y mujeres, se hayan liberado de sus trayectorias vitales o de sus pasadas experiencias sociales compartidas de las que, por ejemplo, son resultado su núcleo valorativo, sus criterios morales, o la misma posición social de las generaciones que forman la vejez. Antes bien, lo que se intenta resaltar es —por lo que significa de novedoso— como a pesar de ese bagaje, una parte significativa está dando, poco a poco, un giro a sus formas de vida precedentes, y muy en particular las mujeres mayores. Y pensamos que al hacerlo de esta forma, es como mejor se puede llegar a comprender la importancia de estas ampliaciones de campo social, que más allá de ser meras y convencionales ocupaciones hacia nuevas prácticas, significan aprendizajes y compromisos consigo mismo y con el entorno.

Una de las mujeres mayores participantes, que constituye una excepción al haber tenido un empleo durante la edad laboral y haberse jubilado con una pensión contributiva, en la dinámica de la conversación apunta los cambios que ella observa en las prácticas de las mujeres de su generación, por comparación a otras prácticas habituales en los hombres:

“—Lo que decías tu, señoras que a lo mejor no salían de casa, ahora se arreglan, se visten, van a la peluquería, les apetece comprar una ropa, y eso ya les hace sentirse mejor, y su problema es igual que el de la otra y aquel señor, que también va a jugar al bingo o al parchís o a...” (GD3, 18-19).

Pero, como ya hemos dicho, estos centros así entendidos no dejan de ser una manifestación ambivalente de la situación de los mayores en nuestra sociedad: el avance general consolidado con respecto a sus prestaciones provenientes del Estado de bienestar, les permite agruparse y protegerse en sus espacios sociales de confianza, y, al mismo tiempo, por contraste, ellos consideran que se les aparta no sólo de los núcleos de decisión y participación, sino también socialmente. Existe un confinamiento compasivo relacionado con la retirada de la vida activa, y, sobre todo, con la negligente presunción de que los mayores al no haber recibido la formación necesaria se encuentran incapacitados —y esto se extiende indiscriminadamente a todos los campos— para comprender y decidir en nuestra sociedad. La cuestión es que ningún colectivo puede salir indemne ante tales atribuciones, y los mayores no son una excepción por más que se pertrechen en su “sociedad de mayores”, en sus espacios y tiempos. Nadie como ellos sabe que están pero que no están. En muchas ocasiones se manifiesta un punto de amargura por el que al final se desliza la confirmación de la sospecha: “— puede que no estemos suficientemente preparados”. Empero, no se pierde la conciencia de los derechos adquiridos, por toda una vida de condiciones sociales extremas y duro trabajo. Más bien, aunque se saben relativamente apartados al nivel social, ello no significa que abandonen el intento de mantener y mejorar las prestaciones de las políticas sociales

que a ellos van dirigidos, mediante un asociacionismo casi específico. La constatación del desfase entre los altos niveles educativos y formativos actuales y las de la sociedad que ellos conocieron en su edad laboral, que determinaron sus bajos niveles educativos reglados, les aboca aún más a organizarse y asociarse para reivindicar los recursos y necesidades que ellos consideran justos compensar para su vejez. Y si no lo hacen ellos nadie lo hará por ellos, vienen a decir:

“– Se nos tiene apartaos como si fuéramos ahí..., y creo que las personas mayores no estamos preparadas, porque yo a los trece años estaba en una mina y no pude estudiar más.

–Como no nos movamos nosotros, a casa nadie nos trae nada ¿eh?, tenemos que movernos y... y quejarnos de los..., de las necesidades que tenemos...” (GD, 31–32).

No es sólo que las personas mayores pertenecientes a asociaciones, o que son más participativas, sean conscientes de la capacidad del conjunto de la vejez para influenciar y, aún, determinar unas elecciones en cualquier ámbito. Más que esa nada desdeñable potencial capacidad de influencia macropolítica, se trata de un asociacionismo que se pretende nexo de los mayores con la sociedad y con la parte del Estado de bienestar que tiene las competencias de mayores. Pero además, por otro lado, es un asociacionismo con un sentido de autorrealización personal y de cuidado de sí, tanto psíquico como físico. Esta participación es una vía de conexión con el contexto, a través de las personas que participan en las directivas de las diversas organizaciones de mayores, u otras inespecíficas en las que se encuentran presentes. Pero no es sólo un nexo técnico para, por ejemplo, pedir y recibir subvenciones, sin más. Es también –dado su relativo aislamiento social– una suerte de intercambio que reivindicando lo que son las personas mayores y sus merecimientos, obtiene los medios necesarios para seguir manteniendo, pongamos por caso, las actividades en los hogares y centros de jubilados, y aumentando según las necesidades servicios como, por ejemplo, el servicio de ayuda a domicilio o de tele-asistencia. Pero también hacia adentro, para la mayoría de las personas mayores que van a los centros sociales, es un asociacionismo reforzador de su identidad social a través de realizar múltiples actividades que, completando su ausencia generalizada de formación, también les introduce en la novedosa esfera –para ellos– de la preocupación de sí, y de la autorrealización personal. Bien entendido, en actividades de carácter público que tienen sentido, en la medida que se comparten con los otros mayores. Se puede decir, que se trata de una deuda consigo mismo contraída desde la corta infancia y la adultez (pues no tuvieron juventud), y que ahora, con disponibilidad de tiempo, ellos quieren saldar utilizándolo de esta manera. En ese contexto de sentido conversacional, la vejez es vista por uno de los interlocutores como una posibilidad de realizar acciones que antes no pudieron llevar a cabo, y que desarrollan, además, un compromiso consigo mismo y con los otros, con el resto de la sociedad:

“–A eso me refería yo cuando hablaba del segundo aspecto, primero aceptarse, segundo buscar dentro de sí ese complemento que a uno le falta, que no puede realizar, que es el asociacionismo, que es ayudar a los demás, el educarse a sí mismo, el culturizarse” (GD3, 19).

Por todo lo visto, es elocuente que esta creciente franja de las personas mayores más que desimplicarse adaptativamente después de la llegada de la jubilación y la vejez, lo que están haciendo es, precisamente, lo contrario: una activación que les compromete consigo mismo y con el entorno, haciéndoles sentirse y ser útiles socialmente. Aprovechar el tiempo en actividades útiles mientras se pueda, recreándose en el mundo social mientras que la salud

y la autonomía lo permita. Así lo señala una de las mujeres mayores: “Y lo que tenemos que hacer es ocupar el tiempo en todo...” (GD4, 18).

Un activismo bien temperado lo suficientemente diverso, como para que algunas personas mayores –las más cualificadas– puedan continuar, de alguna manera, las profesiones y actividades realizadas antes de la jubilación que conformaron su identidad social; pero también lo suficientemente variado para que otras, con una vida de trabajo o laboral más dura –la mayoría–, puedan simplemente pasar el tiempo y convivir con los demás, o realizar nuevas adquisiciones sugeridas, o actividades que un día quisieron realizar y no pudieron hacerlo.

Siendo innegable la influencia de precursores y planificadores de actividades en la vigencia de este modelo activo –con las luces y sombras vistas–, lo cierto es que se trata de una elección de las personas mayores, sostenida a lo largo del tiempo. Una opción que además se capacita de manera creciente y cotidiana, en las propias elecciones selectivas de actividades. Un modelo activo, que tiene la virtud de adaptarse a las posibilidades y necesidades de la vejez en nuestra sociedad. De forma alternativa y simultánea, adaptación al relegamiento social global y, al mismo tiempo, reconocimiento como sujeto de derechos en el Estado de bienestar, desde el que se pueden realizar múltiples adquisiciones activas que le comprometen consigo mismo y con el entorno.

V. Conclusiones: hacía la búsqueda y recomposición de un rol social en la vejez

¿Qué queda ahora? Queda hacernos eco de las, forzosamente fragmentadas, salidas a la cuestión social de los mayores en nuestra sociedad, teniendo en cuenta las dos principales adaptaciones y aportaciones a las que aquí nos hemos referido: el afrontamiento de los cambios familiares y la ampliación y enriquecimiento de su mundo vital, mediante el paso desde la necesidad hasta esfera de los estilos de vida. Y en ese sentido, queda seguir reiterando que la vejez de los mayores, globalmente hablada, está dejando de ser una vejez resignada ante la mencionada ambivalencia social que les protege como receptores de servicios, pero les relega como ciudadanos, protagonistas sociales y de sus propias vidas. Intuyendo las dificultades para un cambio general inminente de ese proceso, de mano intentan mejoras parciales que inciden en la convivencia intrageneracional, al hilo de los aprendizajes asociados con la realización de actividades culturales, formativas y de ocio. Y desde esa perspectiva, con su reconocimiento de los beneficios que les proporciona la relación con el Estado de bienestar, ponen la atención en la necesidad de agrandar progresivamente los espacios de autonomía social de las personas mayores, en la gestión cotidiana de los asuntos que les interesan; pues solamente desde las relaciones binómicas entre responsabilidades y derechos, es posible desterrar toda suerte de patológicas infantilizaciones.

La condición de la participación y su aprendizaje son imprescindibles cuando hablamos de la vejez como una etapa vital que, por sus características, siempre va a tener relaciones cercanas con el Estado de bienestar en su más amplia acepción: Sanidad, Seguridad Social y Bienestar Social con los Servicios Sociales correspondientes. Y esto, aún sabiendo que nunca se pueden trasvasar mecánicamente las necesidades de unas generaciones a otras. En la trayectoria que estamos apuntando, estas mujeres mayores, interlocutoras en este grupo de discusión, piden que las acciones provenientes desde el Estado social no se apoyen en el mismo paternalismo compasivo con el que en muchas ocasiones la sociedad trata a los mayores. Hoy este periodo vital ya no es obligadamente mirado sólo hacia atrás, hacia el pasado. En la medida que se trata de un tiempo prolongado que puede ser vivido satisfactoriamente, es preciso arrinconar las metafóricas y dañinas asociaciones que a veces se establecen hacia la vejez y las personas mayores. Pues, en efecto, para cambiar las maneras en que la sociedad ha hecho a los mayores, ellos intuyen que es necesario cambiar la visión de resignación y pasividad (y sus correspondientes operaciones prácticas) que una parte aún

tiene hacia ellos. El compromiso con la vida, con ego y alter, implica hacer un reconocimiento de los propios límites, pero también de que se trata de un proceso de carácter social que, desde unas condiciones mínimas, depende en gran parte de cómo lo intentemos vivir. Por tanto, se trata de adaptarse a las situaciones, pero también de proyectarse en un tiempo que, por termino medio, es lo suficientemente amplio como para reforzar y recrear nuevas estrategias de vida en la misma vejez. No se trata tanto de situarse en el dilema que las teorías clásicas planteaban entre la activación y el retraimiento, o retiro, en este periodo vital, como tener en cuenta las posibilidades vitales reales que otorga a muchas personas mayores la prolongación de una vejez en buenas condiciones, desterrando los frenos culturales y sociales atribuidos desde fuera, o desde dentro.

Y de eso precisamente se trata. De vivir lo mejor posible el tiempo que se pueda pero sin olvidarse de las personas mayores que no pudiendo valerse total o parcialmente por sí mismas, necesitan el apoyo del Estado de bienestar para seguir viviendo en su medio habitual y seguir conservando su autonomía. Para estas generaciones de personas que han vivido condiciones muy duras y, en el caso de las mujeres, han debido subordinar sus vidas a las vidas de los otros, la vejez resulta una nueva oportunidad capaz de generar renovadas ilusiones. Un espacio desde el que continuar y desarrollar un proyecto vital que resulte atractivo para ser vivido. Por sus palabras y prácticas, en ello parece que están y, para que no quepa duda, son de nuevo las mujeres mayores quienes celebran el valor de la independencia, combinada con una sociabilidad potencialmente factible a través de las redes sociales facilitadas por las actividades extradomésticas en los centros sociales. Más allá, pues, de un rol social colectivo, con funciones legitimadas y reconocidas socialmente, los intentos de las personas mayores van por encontrar espacios sociales individuales o colectivos, donde en la cotidianidad de las relaciones sociofamiliares, y desde las actividades extra-domésticas realizadas, sean reconocidos y se reconozcan recíprocamente. Creemos que tales contribuciones, por muy fragmentadas que estén siendo, significan un aprendizaje impagable, no solamente para esta vejez sino también para las próximas por venir.

Bibliografía

- ALONSO, Luis Enrique
1998 *La mirada cualitativa en sociología. Una aproximación interpretativa*. Madrid: Fundamentos.
- ARIÈS, Philippe
2000 “¿Una historia de la vejez?”, en *Archipiélago*, 44: 50-61.
- ARENAS, Miguel
1995 *Las personas mayores de Avilés. La generación de la inmigración*. Avilés: Ayuntamiento de Avilés.
- ATTIAS DONFUT, Claudine
1994 “Sociología de las generaciones”, en *Cooperación Intergeneracional*: 45-55. Barcelona: Fundación la Caixa.
- BAZO, María Teresa
1990 *La sociedad anciana*. Madrid: Siglo XXI.
- 1991 “La familia como elemento fundamental en la salud y bienestar de las personas ancianas”, en *Revista Española de Geriatria y Gerontología*, 26: 47-52.
- DE MIGUEL, Jesús María
1994 *La sociedad transversal*. Barcelona: Fundación La Caixa.
- DONATI, Pierpaolo
2003 *Manual de sociología de la familia*. Navarra: EUNSA.

- ESPING-ANDERSEN, Gosta
1993 *Los tres mundos del Estado de bienestar*. Valencia: Edicions Alfons el Magnanim.
- FERRERA, Mauricio
1995 “Los Estados del bienestar del sur en la Europa social”, en Sarasa S.; Moreno L. (Comps.). *El Estado de Bienestar en la Europa del Sur*: 85-112. Madrid: CSIC.
- GAITAN, Lourdes
2006 *Sociología de la infancia*. Madrid: Síntesis.
- GARCÍA BLANCO, José María; ARENAS, Miguel; BAZO, Maria Teresa; FONSECA, Manuel; GUILLÉN, Ana María
2005 *Las personas mayores de Asturias. Perfiles, demandas y necesidades*. Gijón: Trea.
- GIL CALVO, Enrique
1992 “La emancipación de los ancianos”, en Moreno L.; Pérez Iruela, M. (Comps.). *Política social y Estado de bienestar*: 205-228. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
1993 “La estrategia progenitora”, en Garrido, L.; Gil Calvo, E. (Edits.). *Estrategias familiares*: 181-200. Madrid: Alianza.
2001 *Nacidos para cambiar. Cómo construimos nuestras biografías*. Madrid: Taurus.
2003 *El poder gris. Una nueva forma de entender la vejez*. Barcelona: Mondadori.
- GUILLEMARD, Anne Marie
1992 *Análisis de las políticas de vejez en Europa*. Madrid: Ministerio de Asuntos sociales.
- IBAÑEZ, Jesús
1986 “Perspectivas de la investigación social: el diseño en la perspectiva estructural”, en García Ferrando, M.; Ibañez, J.; Alvira, F. (Comps.). *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*: 31-66. Madrid: Alianza.
- MAJONE, Geandomenico
1991 “Analyzing the public sector: short comings of policy science an political analysis”, en Kaufmann, F-X (Edit.). *The public sector. Challenge for coordination and learning*: 29-45. Berlin: De Gruyter.
- MANNHEIM, Karl
1993 “El problema de las generaciones”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62: 193-244.
- MARTÍN CRIADO, Enrique
1997 “El grupo de discusión como situación social”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 79: 81-112.
- MINOIS, George
1989 *Historia de la vejez. De la Antigüedad al Renacimiento*. Madrid: Nerea.
- NOVO VAZQUEZ, Amparo
2008 “Posibilidades de cambio en el orden social patriarcal: el caso de Asturias”, en *PAPERS*, 88 (en prensa).
- PÉREZ DÍAZ, Julio
2003 “Feminización de la vejez y Estado del bienestar en España”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 104: 91-121.
- PÉREZ DÍAZ, Victor
1998 “Ancianos y mujeres ante el futuro: activistas y líderes en nuevas formas de sociedad civil”, en *Claves de razón práctica*, 83: 2-12.
- PÉREZ ORTÍZ, Lourdes
2006 *La estructura social de la vejez en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

PIZARRO, Narciso

1998 *Tratado de metodología de las ciencias sociales*. Madrid: Siglo XXI.

PIERSON, Paul

2001 “Post-Industrial pressures on the Mature Welfare States”, en Pierson, P. (Edit.). *The new politics of the welfare state*: 80-104. Oxford: Oxford University Press.

RODRIGUEZ, Joaquín

2000 “El futuro del pasado. Notas sobre sociología de la vejez”, en *Archipiélago*, 44: 25–32.

RODRIGUEZ CABRERO, Gregorio

2004 *El Estado de bienestar en España: debates, desarrollo y retos*. Madrid: Fundamentos.

TUSÓN, Amparo

2003 *Análisis de la conversación*. Barcelona: Ariel.

VILAR, Pierre

1975 *Historia de España*. Paris: Librairie espagnole.

